

Historia del Rastro III

De la Guerra Civil al siglo XXI

José A. Nieto Sánchez

Vision Libros

José A. Nieto Sánchez

HISTORIA DEL RASTRO III

DE LA GUERRA CIVIL AL SIGLO XXI

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2016 LA HISTORIA DEL RASTRO III
© José A. Nieto Sánchez
© 2016 Vision Libros
C/ San Ildefonso 17 28012 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-16284-62-7

Fotos de cubiertas: García Garabella y Mariano Domínguez

La editorial no se hace responsable del contenido aportado por el autor

Disponible en papel y ebook
www.vnetlibrerias.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

Para quien me dio la vida y buena parte de las fuerzas para resistirla.

Lástima que no conservaras las suficientes para tener este libro en tus manos.

Para ti, Lucía.

Este libro ha sido escrito por un vendedor metido a historiador, pero ha sido realizado gracias a la constancia de todo un colectivo de personas. Aunque no conozco a muchos de los citados, la lectura de sus trabajos es lo que ha hecho posible este libro. A ellos, mi más profundo reconocimiento. A José Luis Mur, por esa innata bonhomía que solo puede tener la gente del Rastro. A Eduardo Dea, Mariano Hormigos, María Lourdes Campos, Germán Cano, Moncho Alpuente; a la Biblioteca Nacional, al Archivo Regional de la Comunidad de Madrid, a las Hemerotecas de *ABC* y *El País*, al archivo Ragel, a Peter Weidt; a casa Álvarez; a José María Gonzalo y Mariano Domínguez por sus fotos. Y a Julio Ruiz por su blog sobre la música. A Adrián, Rocío y toda la gente que lucha por mantener las corralas del barrio. Al *Grupo Taller* de Historia Social.

A la familia Huertas al completo, Valeriano Matamoros, Natalia Sánchez y a la memoria de su padre, Mariano Sánchez, y a todos y todas los vendedores y vendedoras del Campillo; a Paco El Librero; a la Asociación *El Rastro Punto Es* (especialmente a Mayka –gracias por tus observaciones, pero, sobre todo, por ser como eres); a Carlos (mi gran "compagnon"), "Guti", Isabel Blanco, bar Ronda (en especial a Goyo y Gerardo)…; y a tantos y tantas clientes que se han convertido en lectores de mis libros y me han llevado en volandas hasta este último volumen.

Por supuesto, a Vicky, a la que le he robado demasiado tiempo de su propia investigación. Gracias a todos.

ÍNDICE

PARTE I. EL RASTRO DE LA GUERRA, LA POSGUERRA Y LA AUTARQUÍA: 1936-1960

Introducción 13

1.- El Rastro de la guerra 29
Claro que hubo Rastro durante la guerra 29
Los penúltimos héroes de Cascorro.....30
Los efectos de la guerra en el barrio y en el mercado 36

2.- El Rastro del estraperlo..... 41
Transformaciones y permanencias 43
La persecución de la venta ambulante 45
Mercado negro, estraperlo y nuevos ricos 47
Los negocios inconfesables del Rastro de la posguerra....50

3.- La eclosión de las Galerías..... 55
El negocio de las antigüedades 55
Las Galerías de la Ribera 56
De la Isla de Cuba a Galerías Piquer.....58
Las Nuevas Galerías.....62
Los compradores de las Galerías 63

4.- La transformación del Rastro 67
El discurso de los generales sobre el Rastro 67
Jardines, pavimentos y aceras para los olvidados de Madrid 69
El *boulevard* de la Ronda de Toledo.....71

5.- Un barrio abandonado a su suerte..... 75
La gris apariencia de un barrio proletario 75
La inmigración rural y la estigmatización del barrio 77
La evasión como forma de supervivencia.....81

PARTE II. EL RASTRO DEL FINAL DEL FRANQUISMO, 1960-1975

6.- El Rastro del "milagro español..... 101
El Rastro ante el final de la autarquía 102

Turismo, antigüedades, exportaciones y negocios de pega 104
Puestos y vendedores ambulantes de la Ribera de Curtidores 108

7.- El Rastro de los años setenta 115
La foto-fija del Rastro en el año 1973....115
Varios Rastros en uno y por el mismo precio....121

8.- El Rastro de los domingos 125
Conseguir un puesto....125
La física de los puestos 127
¿Qué se vende? y ¿Cuándo?....129
Un recorrido dominical 130

9.- La sociología del Rastro en los años setenta 139
Los vendedores con puesto....139
Los clientes 141
El regateo o la fijación de precios....144

10.- Los secretos de los negocios del Rastro.... 147
Antigüedades, almonedas, anticuarios 147
Chatarra, comercio de hierros, cerrajería 151
Ropa y confección....154
Pajaros 155
Cuadros....157
Los artículos de los hippies....159
Discos....164
Libros 165
Juguetes....166

11.- Las normas del Rastro. De la realidad a la legalidad 169
El crecimiento del Rastro: sus límites a comienzos de los años 70 169
Esas cosas tan raras del ayuntamiento: las cuentas no cuadran 171
La regulación de 1973 174
El ayuntamiento se olvida del Rastro: la organización popular y espontánea....177
El discurso catastrofista y la continua transformación del mercado....179

3. DE LA TRANSICIÓN A LA ACTUALIDAD, 1975-2015 197

12. La expansión espontánea del Rastro y los intentos de regulación..... 197
La nueva geografía del mercado 197
Los primeros intentos de regular el mercado 201

13. Todo desaparece: del final de la venta de diario al de Las Américas y tantas otras cosas 215
Un pulpo sin cabeza 216
El final del Rastro de diario.....220
El ocaso de los bazares.....224
La última lágrima por el Corralón de la calle Carlos Arniches.....229
"Perder el Rastro".....231

14. El Rastro como centro de agitación política y cultural 235
Algo se mueve en Cascorro: de partidos políticos y movimientos sociales 235
Los orígenes de la *Movida*: de Alaska a Almodóvar pasando por La Bobia.....242
El Rastro y los coleccionistas de discos 244
El Rastro como un enorme centro cultural 246

15. El barrio del Rastro..... 255
Años 70: el comienzo del fin de un barrio tradicional ..255
El Rastro y los planes de los primeros ayuntamientos democráticos 260
El Rastro de los años 90: el comienzo del cambio.....263
Crónica de un fracaso anunciado: el *bluff* del Centro comercial Puerta de Toledo.....266
El Rastro no es Lavapiés, pero… 269

16. El Rastro, hoy 275
La actualidad de la venta ambulante 275
Vuelta a empezar: de nuevo..., los baratillos y la realidad de la pobreza.....282
El Rastro de comienzos del siglo XXI: la regulación del año 2000.....282
Regulados, pero no sometidos: la movilización del año 2004.....291

INTRODUCCIÓN

El Rastro tiene mucha historia. Tanta como 275 años de mercado diario y algo menos de zoco de domingos. Tiene también el apoyo de una variopinta comunidad de vendedores, así como de una más que nutrida legión de vecinos, clientes y viandantes, que bajan fielmente el último día de la semana a pasear por los puestos de la Ribera de Curtidores y calles aledañas. En el año 2000 el ayuntamiento de Madrid se comprometió a potenciarlo desde el punto de vista artístico y cultural, dado que es patrimonio del Pueblo de Madrid. No podía ser de otra manera, pues fue el pueblo de los mal llamados "barrios bajos" el que le dio la vida en un momento durísimo. Y el que le ha mantenido durante tantos años. El bagaje del Rastro es tan amplio, que nadie deja de visitarlo cuando viaja a Madrid. Paco Umbral decía que nadie debe abandonar nuestra ciudad sin haber estado en El Prado y en El Rastro. Todos debemos estar orgullosos de haber conservado un mercado popular durante tanto tiempo, sin apenas apoyo institucional, por la sola fuerza de sus vendedores y vendedoras, así como por la lucha de un barrio por mantenerlo en pie.

El Rastro que vamos a descubrir en esta tercera entrega de su *Historia* es muy diferente al de 1740. Han pasado muchas cosas desde entonces. Primero, merca-

do de carne; después, zoco de objetos usados, de desecho y ocasión; finalmente, un poco de todo, mucho más heterogéneo, y donde lo nuevo y barato ha ganado la partida a lo usado. Pero si la evolución del mercado revela su capacidad de adaptación, hay cosas que no cambian. La querencia de los clientes por las cosas viejas y a veces inservibles; el acudir a la rebusca de las gangas; el amor por lo que a mí, desde un crío, me ha gustado llamar el caos ordenado; la necesidad del contacto físico entre vendedor y comprador; la fijación del precio mediante el regateo. Como dijo una estudiosa del mercado, "el Rastro está dividido en diversas repúblicas federadas en el común destino del regateo". Lo dicho no es un mito ni un recuerdo de anticuario. Puede verse todos los domingos en el Rastro[1].

He tardado mucho en escribir esta tercera parte de la *Historia del Rastro*. Y en buena medida esta tardanza se debe a varias peticiones de lectores que siempre me preguntaban ¿y qué fue del Rastro durante la guerra civil? ¿Hubo Rastro entonces? Después de releer documentos y, sobre todo, de encontrar referencias explícitas en los periódicos de la época, ahora puedo responder a esa pregunta: hubo Rastro durante la guerra. ¿Por qué? Porque hubo vendedores y compradores que, pese a lo cercano del frente, se arriesgaron a mantener sus tiendas y poner sus puestos, los primeros, y a frecuentar el mercado, los segundos. Y los riesgos eran muchos: los vecinos sufrieron los bombardeos de sus viviendas; los comerciantes del desaparecido Bazar de las Primitivas Américas experimentaron el sobresalto de los obuses en su recinto. Pero lo reconozco, me ha costado encontrar documentación para avalar estas

[1] M. L. Campos Romero, "Estudio Geográfico del Rastro madrileño", *Geographica*, 1974, p. 136.

afirmaciones. Qué le vamos a hacer. Soy cabezota y hasta que no he estado seguro en este punto, no me he decidido a escribir esta última parte.

Debo confesar que esta entrega tiene algo especial. Lo creo a pies juntillas en el caso del Rastro de posguerra. No fueron ni los tradicionales bazares, ni las recién construidas galerías; tampoco el *boulevard* de la Ronda de Toledo, ni el estraperlo ni la proliferación de la venta ambulante. Fue la capacidad de sobrevivir de un barrio y el ofrecimiento que, a través de la venta en la vía pública, hicieron los naturales del Rastro al resto de los madrileños para que encontraran el camino que les permitiera sobrellevar las penurias de aquellos años. Mucho después, esa apertura se generalizó a toda la provincia, de manera que puede decirse que el Rastro entró en el siglo XX con un claro predominio de vendedores del barrio y salió de él abriéndose a toda la Comunidad de Madrid e incluso a autonomías colindantes.

No son pocos los que aducen que en el cambio del siglo XX al XXI, el Rastro se ha convertido en un mercadillo más de la ciudad. Es cierto que en el camino recorrido en esta tercera etapa, ha perdido su frescura inicial. Comenzó con unos nítidos aires de libertad tradicional y ha concluido atrapado en un asfixiante control municipal. En esta última entrega me he impuesto explicar las causas de estos procesos que han llevado al mercado del siglo XXI a perder buena parte de su espontaneidad a favor de la regulación y la tan cacareada seguridad. Porque era difícil no haber salido indemne de tanto cambio y atropello. En los últimos cuarenta años ha desaparecido el Rastro de diario, la venta ambulante como tal, el sonido de los altavoces,

la venta en el suelo, los bazares, el comercio de coches de segunda mano, los desguaces… Menos mal que nos han dejado intacto al héroe de Cascorro, aunque hubo un proyecto de hacer un aparcamiento en la plaza, y a saber dónde habría ido a parar la estatua. No somos pocos a quienes nos duele que el ayuntamiento, por un lado, reconozca la singularidad del mercado y, por otra, le califique y trate como un mercadillo más. Por todas estas cosas, advertí en el prólogo a la segunda parte de la *Historia del Rastro* que el mercado tenía una dinámica distinta desde 1936; también desde 1980. Era necesario un volumen independiente y aquí está.

El Rastro no es un mercado aislado de la vida de Madrid y ni siquiera del país en general. Por eso esta última parte está dividida en tres grandes bloques que se vinculan con las principales fases de la historia de Madrid y de España durante el siglo XX. La primera parte cubre desde la guerra hasta 1960, y analiza el papel del mercado durante el conflicto bélico, la posguerra y toda la década de 1950. Es el Rastro del estraperlo y las galerías, así como el de un gris barrio de proletarios resignados a vivir sin apenas servicios públicos. Es también el Rastro que tuvo que soportar a un primer franquismo incapaz de remontar la situación económica y social posterior a la guerra, y que concibió como delictivas las prácticas de sus vecinos y, por tanto, un factor a controlar y reprimir.

La segunda parte estudia la etapa del desarrollismo franquista y el final de la dictadura. Es la fase de eclosión de las galerías y la venta de antigüedades, de la mano de un turismo atrapado por los bajos precios y el exotismo de la novedad; es también el Rastro de los *hippies* y la contracultura, el del surgimiento de la calle

de los pintores y los pájaros. Son los años en que comienzan a sonar las primeras señales de alarma para los bazares, y conocen los efectos del paro en forma de extensión del espacio de venta. Es un tiempo, sobre todo, el de comienzos de los setenta, de desidia municipal hacia el mercado y los vendedores.

La tercera parte cubre desde 1975 hasta la actualidad. Va desde la temprana lucha de los partidos políticos por difundir sus ideas en el mercado hasta la actual de los vendedores por defender sus puestos de trabajo. Es el Rastro de la esperanza y el del descontento por todo lo perdido en esos años. Es el Rastro en el que la droga y la inseguridad dan paso a la regulación municipal; el de la demolición de los bazares o la desaparición de la venta de diario. Es el Rastro que muchos dicen que se ha convertido en un mercadillo, pero sin tener en cuenta que, por medio, ha sufrido muchas amputaciones. Más sigue vivito y coleando, mientras otras experiencias comerciales cercanas, atiborradas de dinero público, no han sido capaces de sobrevivir ni siquiera treinta años.

Reconozco que en este libro he puesto mucho de mí mismo. Ni quise antes ni quiero ahora engañar al lector. He sido vendedor en el Rastro desde muy pequeño, y antes de ser historiador, he presenciado muchas cosas en este mercado que me han formado como soy. Hay partes de esta entrega, sobre todo los últimos capítulos, que están escritas con la rabia que produce estar delante de la sinrazón con mayúsculas. He sido secretario de una asociación de vendedores –*El Rastro Punto Es*- durante un cierto tiempo y desde esa atalaya he contemplado la parte más baja de la política municipal y autonómica. Y sostengo que no se puede

jugar con la vida de los vendedores como hace el ayuntamiento de Madrid. Ya fuese el PSOE con el PCE, el CDS o el PP, los vendedores nunca hemos sentido el respaldo de un ayuntamiento que ha reformado el mercado a su antojo, siempre a espaldas nuestras y a las bravas. Lo dejo aquí, pero no sin antes añadir que los vendedores y vendedoras reunidos en la citada asociación son un verdadero ejemplo –me atrevería a decir un revulsivo-, refrendado por el apoyo del pueblo de Madrid en las diferentes iniciativas llevadas a cabo por ellos en defensa del Rastro. Gracias a Fini, Mayka y todos los integrantes del colectivo. Vosotros sí que os merecéis ser socios de honor de este mercado, que tantos buenos momentos nos ha dado, pero también unos cuantos sinsabores.

Los que han seguido estas entregas saben que han sido hechas "a trancos", que diría Vélez de Guevara en el *Diablo Cojuelo*. Pero la tardanza entre "tranco" y "tranco", que ha podido desesperar a más de un lector, ha sido muy positiva para la redacción final de esta tercera parte, en tanto que entre la segunda entrega y ésta han mejorado los medios de acceso a las fuentes documentales gracias a la digitalización y puesta a disposición de documentos al investigador vía Internet. En esta parte, los fondos disponibles en la Hemeroteca Nacional digital, y los de las hemerotecas de *ABC* y *El País*, han constituido un verdadero filón de datos e ideas. Además, los documentos periodísticos nos han permitido rescatar por primera vez las voces de los protagonistas del mercado, los vendedores. En suma, han sido un magnífico complemento a otras fuentes, como las literarias y fotográficas.

También lo han sido los muchos escritores preocupados por el Rastro. En la segunda parte vimos que el mercado y sus gentes habían aparecido en obras de Gómez de la Serna ("Ramón"), Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Azorín, Arturo Barea o Gutiérrez Solana. Ahora a esa nómina habría que añadir a Andreas Laszlo, Camilo José Cela, el mencionado Umbral, Luis Carandell, la entrañable Gloria Fuertes, Andrés Trapiello, Antonio Muñoz Molina, el siempre llorado Moncho Alpuente…. Carlos Saura lo fotografió en los años sesenta y le dio imágenes a *El Rastro*, ese libro sin igual de Gómez de la Serna. El Rastro también ha atraído al cine: en los años cincuenta hubo buenos –y malos- directores que vieron en el mercado y en el barrio un excelente escenario para sus películas. Valga citar a Nieves Conde, Antonio del Amo o Juan Antonio Bardem. Después, cineastas oscarizados como el Pedro Almodóvar de sus primeros tiempos, Eloy de la Iglesia o Fernando Colomo, dedicaron algunas de sus mejores obras al trajín de la Ribera de Curtidores y sus calles anexas. Desde la torre de Galerías Piquer, donde vivió una temporada, Patxi Andión escribió *Una, dos y tres*, sin duda, el himno del Rastro; Sabina lo citó en una de sus célebres canciones….

Pero si el Rastro ha preocupado a literatos y al mundo del arte en general, los libros históricos escritos hasta ahora sobre el mercado no pasan de ser simples guías o relaciones de tiendas. La mayoría mezclan casticismo con pretensiones de veracidad. No pasan de lo superficial. Tan solo el artículo de María Lourdes Campos Romero es una obra con una investigación madura por detrás y, por tanto, con pretensiones; el libro de Mariano Hormigos, una buena referencia para recuperar

la memoria de un vecino del barrio; y el más reciente de Carlos Osorio, aporta una mirada distinta, que une la problemática de nuestro mercado con la del cercano y hermano barrio de Lavapiés[2]. Sin querer presumir, el presente volumen y mis dos primeras partes de la *Historia del Rastro*, son los primeros libros sobre el mercado y sus gentes que integran sus problemas con los más generales de la ciudad y con los más particulares del comercio y la venta ambulante en Madrid.

Sí, el Rastro tiene mucha miga. Y la tiene porque es un mercado distinto que permite hablar de tú a tú a la gente, ya sean vendedores, compradores o simples viandantes. Desde la publicación de la primera parte de la *Historia del Rastro,* he recibido muchas muestras de agradecimiento de lectores. Algunas han resultado en gratas conversaciones sobre el mercado, y otras, han concluido en algo que creo linda con la amistad. Puedo destacar la emoción que me embargó cuando hace poco vi la ceremonia de entrega del *doctorado honoris causa* por la Universidad de Alicante a José Luis Romanillos Vega, magnífico estudioso y auténtico enamorado de la vihuela española. Un día, sin conocernos de nada, se paró ante mi puesto de ropa infantil y me compró un ejemplar de la primera parte de la *Historia del Rastro*. Mi sorpresa fue que unos domingos después se había leído el libro y me dijo que estaba muy agradecido por haber encontrado en él una referencia a una vihuela. No pasó mucho tiempo hasta que otro domingo me regaló un magnífico ejemplar de su monumental *Historia de la Vihuela de Mano y la Guitarra Española* (por desgracia solo hay versión en inglés) y me contó sus avatares

[2] Mariano Hormigos García, *El Rastro: del portillo a la Arganzuela,* Madrid, Ediciones La Librería, 2011; Carlos Osorio, *Lavapiés y el Rastro*, Madrid, Temporae, 2014.

hasta poder concluir la obra de su vida, el Museo de la guitarra española de Sigüenza.

El Rastro tiene estas y otras cosas fantásticas. Como el documental al que me invitó a participar Dolores Galindo con los alumnos del colegio público del final de la Ribera de Curtidores; las visitas que me han hecho alumnas de periodismo de la Universidad Complutense para saber del mercado; o los contactos internacionales que me ha facilitado, como uno de sus historiadores. De hecho, tuve la inmensa suerte de presentar una parte de mi investigación en un congreso especializado sobre la historia de la venta minorista, en la ciudad inglesa de Wolverhampton en el año 2012. Ya ven, la vida académica me ha permitido insertar al Rastro en el campo de la investigación histórica. Estoy muy orgulloso de haber contribuido a que la historia del Rastro se conozca más y mejor fuera de nuestras fronteras, libre de los tópicos que pesan sobre él.

Una precisión final. A las fuentes citadas más arriba hay que añadir la de la propia memoria. A riesgo de caer en la *egohistoria,* en esta entrega me he valido de mis propios recuerdos, algunos de ellos guardados en un diario de adolescente, y otros rescatados de la memoria colectiva de mi familia. Valga la entrevista que pude realizar a mi tío Nicolás en el año 2007, que guardo entre mis recuerdos más queridos. Gracias a ella descubrí que mi tío fue quien llevó a mi padre al Rastro en los años 1950 y le facilitó los primeros contactos para vender herramientas en un puesto de la Ronda de Toledo. Mi tía Adela, recientemente fallecida, acompañó a mi tío por aquellos años.

Un autor tiene pocos momentos más gratificantes que el de acabar una obra (¡máxime cuando desde el primer volumen al último pasa más de una década de redacción¡). No quisiera hacerlo sin reconocer la trayectoria comercial de mi familia y las causas que me han llevado a escribir esta *Historia del Rastro.* Por supuesto, lo he hecho por mi padre, que fue el "culpable" de que toda mi familia haya tenido una estrecha vinculación con la venta en el Rastro. También por mi hermano mayor, que comenzó a vender sellos en este mercado hacia finales de 1974, y poco a poco, arrastró a mi padre a dejar su primer comercio de herramientas para acabar por configurar el único puesto estable de sellos, monedas y billetes del Rastro. Algo de culpa también tiene mi otro hermano, con el que compartí el intenso frío del invierno, el transporte de voluminosos arcones de herramientas y subirnos a las borriquetas para colocar las pesadas lonas que nos protegían del sol y la lluvia.

En última instancia, pero no menos importante, lo he hecho por mi madre, que comenzó a aparecer por el Rastro allá por los veranos de la segunda mitad de los años setenta. Unas veces era para vender novelas usadas en un hueco que mi padre consiguió poner entre nuestro puesto de sellos y otro colindante. Cuando las novelas se vendieron, mi madre no abandonó el negocio. Corrían los años finales de la década de 1970 y todavía en un contexto de inflación galopante y de ajuste económico, había que buscarse la vida como fuese. Mi madre era muy vivaracha y al calor de la afición de mi padre y mi hermano mayor por los sellos comenzó a venderlos ella también. Dos lugares eran buenos para hacerlo: las colas de las emisiones postales en la anti-

gua sede de Correos en Cibeles y en la Plaza Mayor, el mercado dominical de sellos más grande de España. Aún me admira recordar cómo era posible que mi madre llegase a vender lo que vendía sin tener apenas estudios y, lo mejor de todo, ni idea de filatelia. Había algo en su interior que le impulsaba a la venta. Tenía madera de vendedora.

Yo la acompañaba cuando podía y al final acabé vendiendo también en la Plaza Mayor. Las mañanas de los domingos iba al Rastro con mi padre, mi tío Francisco y mis hermanos, y hacia las 9,30 ó 10 mi padre y yo comenzábamos un peregrinaje hacia la Plaza Mayor cargados de dos mesas de campo, una sombrilla y varias bolsas de sellos. Tenía unos 15 años y las manos se me quedaban ateridas por el frío del invierno, y llegaba hecho un pollo por el calor del verano. Pero merecía la pena ir a la Plaza tanto por la venta –los años entre 1979 y el mundial de fútbol de 1982 fueron excepcionales, y eso que nosotros no éramos los que más vendíamos-, como por ver comerciar a mi madre. Sabía vender como pocos. Y el negocio iba creciendo: hoy unas hojas conmemorativas de tal evento, mañana unas monedas, después unos llaveros.

Al poco, las cosas se complicaron en la Plaza Mayor y espaciamos nuestras estancias allí. Pero la fortuna quiso que una amistad del trabajo de mi padre nos legara una mercería tras la muerte de su titular. Ese fue el comienzo de la instalación de mi madre en el Rastro. No puedo fijar la fecha exacta, pero debió de ser alrededor de 1984. Comenzamos a vender en la acera de la Ronda de Toledo y después mi madre consiguió un puesto vacante en el Campillo, justo enfrente del puesto de sellos de mi padre y mis hermanos. Yo me quedé

asalariadamente con el puesto de mercería de la Ronda. Luego, en 1989 murió mi padre y durante los años restantes mi madre y yo tuvimos puestos separados en lo físico, pero unidos en lo económico y en el tipo de género. En 2001 dejé el Rastro provisionalmente por una enfermedad de mi pareja, pero volví tres años más tarde.

Corría abril de 2004. Estaba acuciado por mi situación económica y el primer domingo de mi incorporación comenté a mi madre el proyecto de escribir un libro sobre la Historia del Rastro con la intención de venderlo en nuestro puesto y sacar un dinero extra. Sobra decir que mi madre apoyó desde ese mismo momento el proyecto, y que gracias a ella vio la luz seis meses después. Ya con cierta distancia de por medio, creo que en esos años entre 2004 y 2006, en los que las vacantes de varios puestos cercanos me permitieron volver a vender junto a mi madre, le devolví un poquito de esperanza por la vida. Ya solo vendía ropa usada y lo hacía torpemente. Atrás habían quedado la mayoría de los miembros de su familia.

La noche del 22 al 23 de diciembre de 2006 comencé a darle vueltas a la segunda y tercera partes de la Historia del Rastro. Mi madre nos había dejado ese mismo día y pensé que lo mejor que podía hacer por su memoria era ofrecerle un libro sobre la historia de ese mercado que le dio las ganas de vivir los últimos años de su existencia. Si en 2004 dediqué la primera parte de esta saga de libros a mi padre, el "culpable" de mi involucración en el Rastro, diez años más tarde y aún con las lágrimas surcando mis ojos, no puedo menos que rendir mi más sincero y querido homenaje a quien me dio la vida, me enseñó los secretos de la venta y me

guió el camino más recto hacia la honradez. De hijo a madre y ahora que nadie nos oye: ha sido un lujo conocerte, Lucía.



El autor y su madre en la Plaza Mayor a comienzos de los años 1980
(Archivo familiar)

PARTE 1

EL RASTRO DE LA GUERRA, LA POSGUERRA Y LA AUTARQUÍA: 1936-1959

Capítulo 1

EL RASTRO DE LA GUERRA

Claro que hubo Rastro durante la guerra

Decía en el prólogo que me ha costado encontrar documentos que atestiguen la existencia de mercado durante la guerra civil. La primera referencia alude indirectamente al Rastro y, sobre todo, a los vendedores de diario. El 29 de agosto de 1936, a poco menos de un mes de iniciada la contienda, el diario *La Libertad* informaba de una iniciativa que el teniente de alcalde y presidente de la casa de socorro del distrito de la Inclusa –a la que pertenecía el Rastro- llevó a la reunión de los representantes de los distintos "gremios de industriales" del barrio. Su propuesta era abrir una suscripción para recaudar fondos con el fin de atender a las familias de "las víctimas de la subversión militar" y de las necesidades del distrito. Según la crónica, casi todos los comerciantes del distrito –habría mercado, pues podemos suponer que se alude a los establecidos en tiendas, incluidas las del Rastro- se suscribieron "por cantidades, en la mayor parte superior a sus disponibilidades", al igual que los vecinos del barrio. La sede para efectuar la donación era la casa de socorro del distrito sita en la plaza de Antonio Zozaya, que todavía no debía ser muy conocida por ese nombre,

ya que el corresponsal se vio obligado a añadir entre paréntesis, Cabecera del Rastro[3].

Los penúltimos héroes de Cascorro

Para encontrar referencias mucho más precisas debemos situarnos en julio de 1937. Concretamente el 18 de julio, un año exacto después del golpe de estado, el periódico *La Crónica* publicaba en tres columnas un reportaje sobre El Rastro titulado "LOS PENÚLTIMOS HÉROES DE CASCORRO. Entre los adoquines del Rastro, removidos por una explosión, crecen frutos que nadie sembró". Puede que la fecha escogida no fuese al azar y que el reportaje tuviese algo de propagandístico. Se podría pensar que a través del bullicioso Rastro se intentase dar la imagen de una ciudad que había recobrado de alguna manera el pulso tras un año exacto de guerra. Sea como fuese, lo cierto es que el reportaje es interesante por lo que cuenta del mercado, por cómo y quién lo cuenta. El artículo lo firma un tal J. F., pero lo importante es que es uno de los primeros reportajes –tal vez el primero- donde aparecen los vendedores del Rastro dando su opinión y algunos con sus nombres y apellidos, amén de sus fotografías[4].

El artículo deja claro que la guerra no pudo dispersar a los vecinos "auténticos" del Rastro, los "veteranos chamarileros, los traperos ambulantes, los viejos capitanes de la busca y la reventa". Allí, a los pies de la estatua de Cascorro, el articulista atestigua que "al filo de las doce" seguían reuniéndose "con sus largos sacos de tela de colchón al hombro" esos vendedores que daban vida a "la Bolsa de lo inservible y la lonja

[3] *La Libertad*, 29 de agosto de 1936, p. 4.
[4] *La Crónica*, 18 de julio de 1937, p. 14.

del deshecho (sic), que no han interrumpido su funcionamiento". Pero no eran buenos tiempos, había "deflación en esta Bolsa".



Los penúltimos héroes de Cascorro.

Entre los adoquines del Rastro, removidos por una explosión, crecen frutos que nadie sembró.

Artículo del periódico *La Crónica* del 18 de julio de 1937, p. 14.

Por fortuna, el articulista dejó que la palabra de los vendedores pasara a primera línea. Uno de ellos, del que no sabemos el nombre, opinaba:

> "No se vende casi nada. La guerra deteriora en una semana más cosas que el uso en un año. Pero precisamente por esa rapidez de la violencia des-

tructora, la gente le pierde momentáneamente el amor a lo suyo, a sus muebles, a sus ropas, a sus cachivaches. No hay prisa por reponer el ajuar, que en un segundo se puede llevar el demonio hecho obús. Venimos todos los días aquí por costumbre, por rutina del oficio. Pero no se vende nada que valga la pena. Y, naturalmente, tampoco compramos. Si fuésemos a adquirir todo lo que se nos ofrece, necesitaríamos cada uno una fortuna. La guerra, que aparentemente debía ser el paraíso de este comercio de lo roto, de lo deteriorado y lo malvendido, es nuestra ruina".

En el momento de hacer el reportaje, la Ribera de Curtidores estaba vacía de vendedores y tenderetes. Solo una brigada de obreros municipales se afanaba en recomponer el pavimento. Uno de los entrevistados afirmaba que "la guerra ha barrido el zoco". Muchos de los artículos que se vendían en los almacenes, sobre todo el hierro, habían sido fundidos en los hornos de las industrias bélicas, mientras que los mozos de la Ribera de Curtidores habían engrosado las filas de las milicias obreras, y los hombres más adultos habían estado en el trágico y heroico mes de noviembre de 1936 en las trincheras y las barricadas levantadas para defender Madrid de las tropas invasoras.

Más abajo, en las Américas y en los otros bazares tampoco había mucha concurrencia. Las Américas estaban cubiertas por parapetos y las naves del bazar de La Casiana habían echado el cierre. Con todo, en el gran patio central de este bazar había algo de movimiento. Dos comerciantes que merodeaban en el patio dieron su nombre al testimonio. Eran Jacinto de la Cuesta y Augusto Besuac y afirmaban que

> "todo el material que queda está a disposición de las industrias de la guerra. Solo para ellas servimos metal y piezas. El comercio particular está paralizado en absoluto. Nuestro deber y nuestro afán es contribuir, en la máxima medida de nuestras fuerzas, a la victoria del pueblo. Por ella damos por bien empleadas todas las pérdidas".

El único industrial del bazar que seguía en activo era Pedro Sánchez Díaz, un artista de la producción de muebles. Lo hacía sabiendo el riesgo que corría, pues más de una vez habían caído obuses en el patio. Afirmaba que en noviembre había tenido que evacuar a su compañera y a sus hijos.

> "Y aquí estoy, al pie del tajo, pase lo que pase. Claro que mi especialidad, el mueble artístico, está ahora en suspenso. Pero no falta tarea. Siempre se necesitan mesas y sillas para cuarteles y hospitales, y material escolar para las guarderías infantiles".

El más afectado por la aviación fascista era el bazar del Médico, uno de los bazares de las Américas, ubicado al final de la Ribera de Curtidores, lindando ya con la Ronda de Toledo. Allí cayó en noviembre de 1936 una bomba que se llevó por delante gran parte de los depósitos de hierros y maderas, el material de derribo almacenado, el mármol y las bañeras allí depositadas. El articulista lo relató así: "Gran parte de todo esto es hoy una mezcolanza de techumbres derrumbadas, esqueletos de naves, arsenal de herrajes retorcidos". En suma, todo saltó hecho trizas y hubo adoquines que llegaron hasta la Ronda. El articulista cerraba el reportaje de forma muy bucólica, pero con un rayo de espe-

ranza al poner en boca del guardián del bazar, cómo en el interior del cráter que en noviembre había dejado la bomba, se había formado una pequeña huerta, con semillas que probablemente habían venido rodando con la escorrentía desde la parte superior de la Ribera.

Al artículo de J. F. de *La Crónica*, le sucedió otro, más pequeño, escrito el 31 de julio en *El Sol*. Se titulaba PELÍCULA DE MADRID y lo firmaba Eduardo de Ontañón. El articulista dejaba caer que la ciudad estaba en guerra pero con ganas de resistir. De hecho, según él, seguía celebrándose el mercado. "Allí sigue, en su mismo sitio, poco más arriba o poco más a un lado, pero impertérrito, con el mismo espíritu de Madrid". Preocupado por la ubicación del Rastro, Ontañón remataba "No ha hecho más que retirar un poco hacia arriba sus puestos de alegres toldos playeros"[5].

Está claro que el Rastro servía para los intereses propagandísticos de la República. Se intentaba dar la idea de que la ciudad seguía teniendo brío, que se celebraban con normalidad sus tradiciones y que sus símbolos resistían ante la embestida del fascismo. La estatua de Cascorro era uno de esos símbolos que reflejaban el heroísmo del pueblo de Madrid. Y también lo eran los vendedores que la frecuentaban. El periódico *La Voz* se mostró muy dicharachero al dar información del Rastro, y sobre todo, de dejar claro que los vendedores de nuestro mercado eran un baluarte frente a los especuladores. El 29 de junio de 1937 no dudaba en colocar una fotografía realizada por Santos Yubero de varias vendedoras y compradoras del Rastro. El fin: concienciar a los madrileños dentro de una campaña generalizada contra los especuladores. El pie de foto

[5] *El Sol*, 31 de julio de 1937, p. 3.

es ilustrativo "El tira y afloja de la oferta y la demanda tiene en los tenderetes del Rastro un magnífico lugar donde ejercitarse. Estas mujeres de Madrid buscan en el espacio grato a los saineteros los artículos que necesitan, después de una larga invitación a la rebaja"[6]. El Rastro pasaba a ser un espacio de mercado que la prensa republicana veía como un ejemplo a seguir en su lucha contra prácticas de acaparamiento que provocaban inflación de precios y desabastecimiento. Resulta paradójico al respecto esta alabanza a las mujeres del Rastro, por un lado, y las críticas del ayuntamiento, por otro, a las prácticas que muy cerca llevaban a cabo las cigarreras y que se consideraban por los ediles propias de acaparamiento.

Lo de las cigarreras tenía su miga, pues el 1 de julio de 1938 se denunciaba en el ayuntamiento que el portillo de Embajadores se había convertido "en un foco vergonzoso de intercambios y de agio". No en vano, los 750 gramos diarios de tabaco que recibían las obreras de la fábrica, luego los cambiaban por gallinas o huevos. En realidad, las cigarreras habían formado una *bolsa de tabaco* y tenían una tienda en la calle de Embajadores donde intercambiaban parte de su jornal cobrado en especie (el tabaco) por productos traídos por gentes de los pueblos. Y las cigarreras debieron resistirse a abandonar estas prácticas. Lo sabía por propia experiencia el teniente de alcalde: en marzo de 1938 había visto con asombro que las cigarreras se habían repartido seis vacas despedazadas. Cuando acudió a impedirlo, las obreras estuvieron dispuestas a despedazar al mismo teniente de alcalde y a un camión de guardias de asalto que le acompañaba. Eso era lo que había que evitar; y

[6] *La Voz*, 29 de junio de 1937, p. 2.